

LA AFIRMACIÓN DE LA DEMOCRACIA EN ESTE SIGLO

Felipe Ortiz de Zevallos M.

RESUMEN

Este ensayo revisa el proceso histórico de afirmación de la democracia en el mundo contemporáneo. Enfatiza el papel que han desempeñado en el mismo las ideas políticas y las instituciones públicas de los Estados Unidos de América. Sin embargo, concluye señalando que la razón principal que explica el triunfo de las ideas e instituciones democráticas es su profunda vinculación con valores humanos esenciales, tales como el honor y la libertad.

ABSTRACT

This essay reviews the historical process of affirmation of democracy in the contemporary world. It emphasizes the role played in this process by the political ideas and public institutions of the United States of America. However, it concludes pointing out the main reason that explains the triumph of democracy: its deep relation with basic human values, such as honor and freedom.

A comienzos del siglo XX, no era la democracia un concepto que las mayorías entendieran bien. Muchos pueblos, por ello, se mostraban indiferentes ante ella. Más aún, el sistema no era deseado por algunos que sí entendían su significado cabal. Y pocos creían probable que el ejercicio de la democracia pudiera generalizarse en sociedades de culturas y tradiciones diversas y que se encontraban en estados de desarrollo muy disímiles.

El siglo está por cerrarse en el almanaque de la historia -en el campo de las ideas puede haber concluido ya- y una característica del momento actual es que los componentes básicos de la democracia son ya entendidos por una gran mayoría. Y son pocos los que no la desean como sistema político, o los que creen que resulta inconveniente para el funcionamiento eficaz de sus respectivas sociedades.

Si bien la idea de la democracia como sistema de gobierno es antigua, su evolución ha sido discontinua en el tiempo. Los primeros gobiernos democráticos fueron ensayados en Grecia, durante los siglos VI y V antes de Cristo. Duraron poco. Fueron golpeados por enemigos externos o, más frecuentemente, por revolucio-

nes de oligarcas que reclamaron para sí un derecho natural a gobernar como aristócratas. En época de Aristóteles, siglo IV antes de Cristo, la democracia era recordada como un experimento iluso y frustrado.

Roma no fue una democracia en el sentido griego del término. En ella se gozó de relativa libertad política, pero no era el pueblo el que elegía al gobierno. Posteriormente, en los siglos XI y XII, las oligarquías de algunas comunas italianas flirtearon con ideas democráticas en un marco de una amplia libertad económica. Pero recién fue durante los siglos XVII y XVIII que sucesivas revoluciones políticas dieron paso al sistema que ahora conocemos como democracia.

¿Cuáles serían los rasgos esenciales de este sistema? Al derrocar en 1688 al Rey Jacobo II y reemplazarlo por un monarca que sí aceptó responder de sus acciones ante un Parlamento, asamblea donde estaban representados los gobernados, los ingleses establecieron un primer elemento: respetar la ley por encima de la voluntad del monarca.

La siguiente pregunta surge evidente: ¿Quiénes pueden hacer la ley? ¿Los nobles?

¿Los terratenientes? ¿Los que pagan sus impuestos? ¿Sólo ellos? En el proceso de este debate, Thomas Jefferson inició uno de los escritos que sirvieron de base a la independencia de los EEUU con la frase: "Todos los hombres han sido creados iguales...". Puede ser que, en la Virginia de 1776, se entendiera por "hombres" a los "caballeros sureños". Pero el "Todos" inicial quedó impreso en el papel, y en el futuro cada quien interpretaría el término a su mejor entender. Así, años después, el preámbulo de la Constitución de los EEUU empezaba afirmando "Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos...". No eran entonces los Estados, ni sus clases dirigentes, los que se integraban como tales. El mandato venía finalmente del Pueblo, con mayúscula.

En el mismo EEUU, una guerra civil estalló tres cuartos de siglo más tarde, originada en parte como consecuencia de diferentes interpretaciones sobre el significado real del concepto "Pueblo". En 1863, el presidente Abraham Lincoln pronunció un discurso de apenas tres minutos en la dedicatoria de un cementerio militar en Gettysburg, Pennsylvania, donde pocos meses antes había tenido lugar una de las batallas más sangrientas de esta guerra.

Nuestros antepasados -dijo Lincoln en esa oportunidad- crearon en este continente una nueva nación, fundada bajo la premisa de que todos los hombres han sido creados iguales. Ahora -continuó- estamos envueltos en una guerra civil que constituye una dura prueba al respecto de que si una nación, así constituida, puede durar por algo más que un corto tiempo. En el pasado, naciones basadas en esta premisa fueron destruidas, ya sea por un conflicto externo o interno. No debemos permitir que eso suceda con nuestro país.

En vez de ello -concluyó-, en honor de los valientes que pelearon en esta tierra, y especialmente de aquellos que aquí murieron, debemos dedicar nuestros esfuerzos a la tarea que ellos dejaron inconclusa con su muerte. Esta tarea implica el garantizar la sobrevivencia en la Tierra de "un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

No hay frase más rotunda ni famosa en la historia de las ideas en los EEUU. Un "gobier-

no del pueblo" implica uno que incluya en sus alcances a todo el pueblo, sin exclusión de grupo alguno. Gobierno *por* el pueblo implica la potestad de éste para escoger mandatarios y representantes que dicten y hagan cumplir las leyes. Gobierno *para* el pueblo quiere decir uno que se preocupe del bienestar general y no que esté al servicio de unos cuantos privilegiados, menos aún de aquellos que gobiernan en su nombre.

Puede afirmarse que la esencia de la democracia moderna se basa en estos tres conceptos: un gobierno que se base en leyes antes que en la voluntad de personas; luego, el principio -hoy reconocido en todas las constituciones del mundo- por el cual se reconoce que todos los hombres han sido creados iguales; y, por último, los elementos que precisa Lincoln como calificadores de cuán democrático es un sistema de gobierno, principios que son más fáciles de cumplir en comunidades de pequeña escala.

Las democracias, como las entendemos hoy, recién se afirman como sistema de gobierno en el siglo XX. En los EEUU incluso, considerada la nación que más avanzó en este proceso durante el siglo XIX, más de la mitad de su población adulta no podía votar en 1901. Las mujeres, los negros, y no pocos entre los norteamericanos más pobres seguían siendo patrocinados por otros, "para su propio bien".

Durante el presente siglo, la democracia ha enfrentado amenazas provenientes de varios frentes: el comunismo, el totalitarismo, la teocracia, la excesiva desigualdad y el racismo.

La idea comunista resultó por un tiempo estimulante para muchos. El proletariado estaba entonces conformado por los más desposeídos de la sociedad pre-industrial. Se argumentaba que si dicha clase lograba controlar el poder económico del Estado, la distribución social de los beneficios podría mejorar significativamente. Si bien se reconocía que el poder requeriría ser tiránico por un tiempo, se consideraba que ello era un costo pasajero y necesario para el beneficio final de todos. En su oportunidad, la tiranía se disolvería en una utopía ilusa del paraíso terrenal.

Cuando los *kulaks* procuraron mantener la propiedad de sus pequeñas tierras, a fin de vender lo que producían en el mercado, Stalin ordenó "liquidarlos como clase". Entre 1929 y 1934, más de 20 millones de campesinos rusos fueron asesinados. Una cantidad similar marchó al exilio de Siberia. En las décadas siguientes, muchos soviéticos pasaron hambre porque el proceso de colectivización estatal destruyó la inventiva y la productividad en la agricultura rusa.

Si en la teoría el comunismo implicaba una dictadura temporal del proletariado que daría paso, después, a una utopía cuasi anárquica, en la práctica resultó siendo la tiranía brutal de una minoría burocrática que después se resistió a someter sus decisiones a un debate más abierto y libre.

Entre 1989 y 1991, el comunismo colapsó en la URSS y Europa del Este. El mundo observó con asombro cómo Estados que no sólo dominaban a su ejército y policía, a sus sistemas judiciales y censores de opinión, sino también todos los demás aspectos de la vida económica, terminaron derritiéndose, como monstruos de nieve, ante el calor proveniente de una mayor demanda por libertad en sus pueblos. Aunque haya gobiernos y grupos políticos que aún lo reivindicán, el comunismo ha dejado de ser ya una opción válida en el debate de las ideas. La imagen del estudiante chino, parado solo frente a una división de tanques, ha quedado registrada, gracias al avance tecnológico de la televisión, no sólo en libros de historia, sino en la retina de todos los ciudadanos del mundo.

A diferencia del comunismo que, al menos en teoría, perseguía un ideal de justicia, el totalitarismo basó su atracción en una acumulación de poder que permitía convalidar un mal llamado "honor nacional".

La honra, en el fondo, tiene poco que ver con el poder. Una nación, como una persona, se llena de honor cuando es justa y se deshonra cuando es injusta. Por su parte, una nación poderosa puede ser temida, y tal vez envidiada, por naciones más débiles. Pero el honor no es lo mismo que el miedo o la envidia.

Esta diferencia, sin embargo, se confunde a veces y en otras es olvidada. A la falta

de un sistema legal internacional eficaz, que vuelva civilizado el manejo de las discrepancias, el poder puede disfrazarse muchas veces de justicia. En la jungla natural que constituye con frecuencia la relación entre naciones, el poder y la riqueza pueden contribuir a la fama, la que constituye, muchas veces, una imitación barata del honor.

A través de los siglos, las naciones han estado dispuestas a comprar fama. Una manera ha sido a través del poder militar y la disposición a conquistar o dominar naciones débiles.

Cuando el gobierno de una nación poderosa es democrático, sus individuos pueden no estar todos dispuestos a aceptar la prepotencia que su gobierno pueda querer ejercer eventualmente en su relación con otras naciones. En el siglo XX, los EEUU han actuado muchas veces contra otras naciones más débiles con una ostentación y abuso que posiblemente no permitiría en el trato interno que algunos de sus ciudadanos prepotentes podrían querer darle a aquéllos más débiles. Cuando este maltrato internacional alcanza un límite y el sistema de gobierno en la nación poderosa es democrático, suficientes ciudadanos pueden objetar la acción de su gobierno, obligándolo a una revisión en su actuar. Este mecanismo de auto-control no existe en los países totalitarios.

Fue el control absoluto por el Estado de la sociedad y sus instituciones lo que generó el totalitarismo en Europa; primero en Italia y luego en Alemania. En el caso de este país, ello en parte se debió al desastre, tanto social como económico, generado por la derrota de 1918. Los países triunfantes de la Primera Guerra Mundial exigieron y lograron reparaciones excesivas. Como consecuencia de ello, la economía alemana colapsó a fines de los años veinte. Ello generó el caldo de cultivo para que un personaje como Hitler se pudiera apoderar de una nación, con el argumento de recuperar el "honor nacional".

Hitler exigió una condición a Alemania para devolverla a la tierra prometida: que el estado tuviera un control total sobre sus individuos y organizaciones. Nuestra situación -planteó Hitler- es terrible, obliga a medidas extraordinarias. Que cada alemán, que cada

empresa, iglesia, club, organización o sociedad, trabaje junto al Estado para salvar a Alemania. No puede haber una sola excepción. Caso contrario, fracasaremos. Juntos, nadie nos podrá detener. Triunfaremos.

Alemania, que había funcionado como un Estado democrático después de 1918, se le rindió. Hitler acusó a la democracia de ineficiente. Bajo la etiqueta confusa de nacional-socialismo, Hitler galvanizó toda la energía germana en un solo esfuerzo, convirtió la nación en una espada. Como antes Robespierre y Napoleón, que fueron tan locos como él. Hitler empezó a hablar y actuar "en nombre de Alemania".

El ataque de Alemania a la URSS en junio de 1941 le dió a Stalin una última razón para consolidar el totalitarismo en la Unión Soviética. Aunque es cierto que la Segunda Guerra Mundial convirtió a todos los Estados europeos en una especie de máquinas totalitarias, a su término, muchos de los países revirtieron a sistemas democráticos. En la URSS de Stalin se mantuvo la maquinaria estatal opresora.

Una acusación antigua de los totalitarios contra la democracia plantea que es un sistema ineficiente. Que el despotismo, aunque resulta menos justo y libre, es más eficaz. Esta acusación ha demostrado con el tiempo ser falsa. La mayoría de los miembros de un Estado no democrático no tienen, salvo en momentos de emergencia extrema, cuando sus vidas pueden estar en peligro si el estado se derrumba, un interés de largo plazo en el éxito del totalitarismo. Este sistema encubre el error, mientras que la democracia permite aprender de la experiencia.

Por su parte, la teocracia -el gobierno de Dios- fue un experimento probado en la Europa medieval. Resultó un fracaso, como después en otros lugares, porque la voluntad de Dios tiene que ser finalmente interpretada por hombres mortales y falibles. La teocracia, en última instancia, no resulta mejor que los hombres que asumen el gobierno en nombre de Dios. En la práctica, estos gobernantes resultan iguales que otros, cuando no peores.

A diferencia del Cristianismo, el Islam no ha renunciado al ideal teocrático. Todas las naciones cristianas tienen hoy constituciones que establecen los linderos entre la religión y el Estado. El mandato divino puede ser considerado como una guía para el comportamiento individual, pero sus intérpretes no intervienen en los asuntos del Estado. Algunas naciones islámicas, no todas, se han resistido a esta separación de roles y buscan el concurso de representantes de Dios que sean intérpretes legítimos de su voluntad.

Un gobernante como Khomeini resultó un déspota absoluto en Irán. En su guerra contra Irak envió a más de un millón de soldados, muchos de ellos adolescentes, a una muerte suicida. Estos jóvenes morían por Dios, decía el Ayatolah, y la gente creía.

Para la teocracia, la democracia constituye un verdadero anatema. Un tirano religioso no puede permitir que sus súbditos sean tentados por las ideas democráticas. Tiene que afirmar, por tanto, que ellas son el invento de Satán. El diálogo libre disuelve indefectiblemente cualquier teocracia. Khomeini pudo imponer una tiranía absoluta sobre sus seguidores porque cualquiera que se hubiera permitido hacer la menor referencia a la libertad en el manejo del Estado era ejecutado en el nombre de Dios. Pero históricamente resulta casi imposible el sostenimiento continuo de una teocracia, salvo en condiciones como las que se dieron en Irán durante 1979. No parecía, por tanto, que la teocracia pueda constituir en el futuro una amenaza significativa a la democracia como sistema de gobierno.

Más preocupante resulta, en cambio, la creciente desigualdad entre los ciudadanos de algunas sociedades pobres. Una igualdad política formal no satisface plenamente las demandas de justicia del ser humano. Si bien la igualdad utópica del comunismo es una quimera, la igualdad de oportunidades, o lo que por ella se interprete, puede constituir en el futuro un ideal por el cual muchos podrían estar dispuestos a luchar y morir. Muchas sociedades, entre ellas el Perú, no ofrecen aún un mínimo de bienestar a sus mayorías, lo que constituye una